



21 DE FEBRERO DE 2019
Museo Artium de Vitoria-Gasteiz

INTERVENCIÓN DE ADELA CORTINA

Agradezco muy cordialmente a la Fundación Fernando Buesa y, muy especialmente, a Nati, Sara, Marta y Begoña, la oportunidad que me ofrecen de participar en este homenaje a dos víctimas del terrorismo etarra, a Fernando Buesa Blanco y a Jorge Díez Elorza. Y digo los nombres tan despacio porque, aunque en nuestra memoria están presentes los nombres de todas las víctimas, es necesario recordar y rendir homenaje a cada una de ellas, con nombre y apellidos. Por eso es para mí un regalo, un don, poder estar aquí esta tarde, compartiendo la memoria, el dolor, el compromiso en construir un mundo más humano y la esperanza de lograrlo.

Modelar ese "Nos-otros", que es el lema de este encuentro, pasa necesariamente por el reconocimiento de cada persona concreta de carne y hueso, para evitar que se acabe perdiendo en la nebulosa de "las víctimas", que es la fórmula preferida de quienes cometen delitos de odio y de quienes tejen discursos de odio: borrar a la persona concreta, con su historia, sus seres queridos, su quehacer, sus sentimientos, sus anhelos y sus sueños, e incluirla en esa abstracción difusa de "los otros", que carecen de un rostro y de un corazón propio.



Como vengo del gremio filosófico, van a permitirme que dé comienzo a estas breves palabras recurriendo a un texto de Max Horkeimer, uno de los creadores de la llamada Teoría Crítica, empeñada en lograr la emancipación de la humanidad, que ponía a las víctimas de la sinrazón como piedra angular de ese mundo anhelado. Las víctimas –decía Horkheimer- “son los símbolos de una humanidad que aspira a nacer. Es tarea de la filosofía traducir lo que ellas han hecho a un lenguaje que se escuche, aun cuando sus voces perecederas hayan sido acalladas por la tiranía”.

Las voces de los asesinados, de Fernando Buesa, de Jorge Díez y de tantos otros, son símbolos de una humanidad emancipada, que aspira a nacer, y es obligación nuestra transmitir de generación en generación lo que ellos han hecho para construir ese “Nos-otros”, para ir más allá del “yo prefiero esto”, “yo hago lo otro”, hacia ese “nosotros –mujeres y varones, personas- queremos un mundo que sea justo y estamos dispuestos a ponerlo en marcha”.

Para llegar a ese mundo es necesario, entre otras cosas, desactivar la cultura del odio, que ha manchado la historia lejana y la reciente, como hoy recordamos. Y que, por desgracia, sigue presente con fuerza en nuestras sociedades.

Y es de esa cultura de la que hoy quiero hablar, porque se transmite día a día a través de lo que se han venido llamando delitos de odio y discursos del odio, que se dirigen contra una persona o contra un colectivo, pero no por sus actuaciones concretas, sino porque comparten *un rasgo determinado, una característica*, que desprecia la persona que odia o el colectivo que odia. Ese rasgo despreciado puede ser la pertenencia a una raza diferente, a una etnia distinta, a una diferente tendencia sexual, religión o situación social. Y así ha nacido ese mundo de las fobias que siempre han existido, como dolorosamente sabemos, pero hoy inundan las redes sociales y los medios de comunicación, polarizan las posturas ante la vida compartida, y dañan sobre todo a los más vulnerables, a los más indefensos.

Naturalmente las agresiones se dirigen contra personas concretas, pero no por ser ellas, sino por pertenecer a un grupo. Y por eso el *pronombre demostrativo* “esta persona”, con su historia y su modo de ser, queda engullido en ese inmisericorde artículo indeterminado “un judío”, “un mendigo”, “un refugiado”, “un inmigrante pobre” “un homosexual”, “un cristiano”, “un musulmán”, “un enemigo de mi pueblo”. Ese insufrible artículo indeterminado, que pretende justificar



cualquier agresión contra las personas concretas, dañarles física y moralmente, privarles de la autoestima, del acceso a la participación pública o incluso de la vida. Y privar de ellos a sus personas queridas.

En estos casos el cálido pronombre personal "tú" se diluye en el colectivo de "los otros", que es diferente del de "los nuestros". Cuando lo cierto, lo bien cierto, es que los seres humanos nos hacemos desde el diálogo con los demás seres humanos. Cuando lo cierto, lo bien cierto, es que no existen individuos aislados, ni colectivos informes, sino *personas entre las que existe un vínculo*, personas en relación, con las cercanas y con las lejanas, hasta donde alcanza ese inmenso "nosotros", que es la humanidad en su conjunto.

Ciertamente, los discursos del odio intentan quebrar el vínculo que nos une, estigmatizan y denigran a colectivos enteros atribuyéndole actos perjudiciales para la sociedad, precisamente porque es imposible comprobarlos, ya que se remiten a historias de un pasado lejano o no existen datos para verificarlos. Es el mundo de los bulos, de las falsas coartadas, de los chivos expiatorios y de lo que ha dado en llamarse "posverdad". Un mundo que ha sido decisivo en los asesinatos terroristas y hoy sigue siéndolo, sólo que fluye a través de las redes sociales a una velocidad vertiginosa y se extiende por todos los países, traspasando fronteras y alimentando injerencias inadmisibles.

Sin embargo, lo peor es que quienes pronuncian discursos de odio están convencidos de que existe una *superioridad* estructural en relación con la víctima, de que son moralmente superiores a las víctimas. La gran mentira del *supremacismo*, la gran falacia de creerse superiores a los que no están de mi lado, el gran engaño que es lo más contrario que existe a la realidad, a la dignidad humana y al espíritu democrático. Y por eso, el discurso, lleve o no aparejada la incitación a la violencia, no pretende dar argumentos, sino expresar desprecio e incitar a compartirlo. No se trata de un diálogo en el que se considera al otro como un interlocutor con el que merece la pena entrar en discusión, sino como un objeto que no merece respeto alguno.

Evidentemente, la cultura del odio supone una violación flagrante del principio supremo de la ética moderna, que Kant ofreció en la llamada Formulación del Imperativo Categórico del Fin en sí mismo y dice así: "Obra de tal manera que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre al mismo tiempo como un fin y nunca solamente como un medio". De donde se



sigue que no se debe tratar al otro como un medio, no se le debe instrumentalizar. No se le puede considerar como un objeto, porque es un sujeto que tiene dignidad, que es fin en sí mismo, absolutamente valioso. Por eso no se le puede sacrificar en el altar de una etnia, de un pueblo, de una raza, de una religión o del ateísmo, de una diferente orientación sexual o por desprecio a su situación de pobreza, que es la raíz de la aporofobia.

Y es preciso recordar que no por casualidad el principio supremo de la ética moderna –no instrumentalizarás– converge perfectamente con el principio supremo de una ética religiosa que reconoce la sacralidad de la persona. Bien lo decía, entre otros, ese vasco universal, nacido en Irún, que fue Ricardo Alberdi: “nunca se puede poner a un ídolo por encima del valor absoluto de la persona, el hombre es sagrado para el hombre”. La construcción del “Nosotros” sobre la base de la dignidad o de la sacralidad de cada persona es un juego de suma positiva entre la ética cívica –mínima– que comparten los ciudadanos de una sociedad democrática y pluralista y se refiere a exigencias de justicia, y las éticas de máximos, las éticas de vida buena y feliz, convencidas del valor indiscutible de la persona. Podríamos decir con la canción de Quilapayún: “para hacer esta muralla tráiganme todas las manos, los negros sus manos negras, los blancos sus blancas manos”. Una muralla que cierre el paso a la indignidad y la violencia terrorista.

En este camino hay otra buena noticia. El odio pertenece a ese tipo de emociones a las que se llama corrosivas, como el asco, el miedo, la envidia, la soberbia o la vergüenza, que cuando perduran en la mente destruyen la salud, el estado de ánimo y el bienestar de las personas. Pero en el caso del odio, sus raíces biológicas son débiles, porque existe una predisposición, pero para cristalizar necesita cultivo, necesita refuerzo. Es importante descubrir que las emociones tienen en su base creencias y afectos, que se pueden inculcar, reforzar o modificar contando relatos, historias, aportando imágenes o dando argumentos. Para que la predisposición se convierta en odio efectivo es indispensable cultivarla socialmente. Por eso el papel de la sociedad, de la educación y de las instituciones es decisivo a la hora de fomentar el odio o de desactivarlo.

Y qué duda cabe que es tiempo de desactivar esas tendencias al odio y al desprecio. A través de la educación y sobre todo del ejemplo, cultivando un *êthos* democrático, un carácter democrático; que es lo que significa la palabra “ética”, y de eso trata la ética, de la formación del carácter. En este caso, la ética cívica propia de una



sociedad verdaderamente abierta y pluralista, que no tiene por clave al individuo aislado, porque el individualismo es falso, no somos individuos aislados, pero tampoco tiene como clave a colectivos informes, que tampoco existen en la vida real. El núcleo de esa ética cívica es el *reconocimiento recíproco* de personas, que se saben vinculadas en el quehacer de la vida, que reconocen mutuamente su igual dignidad y su innegable vulnerabilidad.

Por eso las dos grandes virtudes de esa ética ciudadana son la justicia y la compasión.

La justicia exige respetar los derechos de quienes tienen dignidad, y no un simple precio. De ahí que prohíba dañarles y tratarles como objetos.

La compasión es la capacidad de padecer con los otros, porque todos somos vulnerables, tanto en la alegría como en la tristeza. La compasión es la virtud que lleva a sentir con los otros y sobre todo a comprometerse con ellos en tiempos de sufrimiento para ayudarles a salir de su situación.

Una ética cívica de la justicia y la compasión no deja lugar para el odio, el desprecio y el rechazo, que generan inevitablemente víctimas, como Fernando Buesa, Jorge Díez y tantas otras en tantos lugares del mundo.

Esas víctimas son el germen de una humanidad emancipada. Por eso es para mí un regalo, por el que doy cordialmente las gracias, poder estar aquí esta tarde, compartiendo la memoria, el dolor, el compromiso en construir un mundo más humano y la esperanza de lograrlo.



@Fundacion_Buesa

#InMemoriamXIX